

SAN JULIÁN Y SANTA BASILISA, MÁRTIRES

DÍA 9 DE ENERO

P. Juan Croisset, S.J.

La vida admirable de estos dos célebres héroes de la religión cristiana, con las asombrosas particularidades que ocurrieron en el martirio de San Julián, hicieron su memoria célebre en todo el orbe cristiano. Nació en la ciudad de Antioquía, capital de la Siria, de padres que unían lo ilustre de su sangre á sus grandes virtudes, los que procuraron con todo cuidado educarle cristianamente, ayudando á sus deseos la inclinación de Julián á todo lo bueno. Con su extraordinario talento hizo maravillosos progresos en las ciencias, pero sobre todo en la santidad de su vida. Cumplidos los diez y ocho años, pensaron sus padres en casarle, cosa que sintió sobremanera, por el voto que hiciera de consagrar á Dios su castidad. En la precisión de cumplir su voto y obedecer á sus padres, recurrió á Dios, y con lágrimas, ayunos y oraciones le suplicaba ordenase y dispusiese todo al mejor servicio suyo. El Señor oyó benigno á su siervo, y le reveló condescendiese con sus padres, que no perdería su castidad; antes, al contrario, la guardaría también su esposa, sirviendo esto de ejemplo para que otros les imitasen.

Con gran contento de todos prestó su consentimiento, y se desposó con una doncella cristiana llamada Basilisa, muy apreciable por todas sus circunstancias; la que, sintiendo en la primera noche del matrimonio un olor extraordinario, preguntó á Julián de dónde provenía aquella fragancia, en tiempo de invierno,

que no había flores. Su esposo le dijo que era olor de Jesucristo, que recreaba con tales aromas á los amantes de la castidad , que Él había prometido, para que, accediendo á tan santa promesa, viviesen castos como hermanos, y derramase sobre ellos sus dones el Espíritu Santo. Basilisa aceptó con suma complacencia, demostrándole era su alegría ceñir la aureola de las vírgenes.

Repartieron sus bienes entre los pobres, y se separaron para enseñar la educación cristiana, y aumentar el rebaño de Jesucristo. Basilisa supo por revelación que moriría naturalmente, lo que así se verificó.

Suscitada en aquel tiempo la cruel persecución de Diocleciano y Maximiano contra el cristianismo, llegó á Antioquía Marciano, cruel lugarteniente de los emperadores, quien mandó luego prender á Julián, que estaba orando en el templo con varios eclesiásticos y seglares, y, sacado fuera con violencia, fue conducido á presencia de Marciano, quien probó de seducirle con ventajosas promesas y terribles amenazas; pero, fortificada la fe de Julián por la gracia sobrenatural de Jesucristo, todo fue inútil. Marciano mandó azotar al Santo, en cuya ejecución perdió un ojo uno de los verdugos. A ruego de Julián, Jesucristo obró el prodigio de restituirle el ojo perdido, lo cual produjo la conversión del agraciado y la cólera del tirano. Irritado el emisario de Diocleciano, dispuso que, sujeto con duras ligaduras, fuese conducido por las calles publicando el pregonero que así debían ser tratados los enemigos de los dioses.

Un hijo de Marciano, llamado Celso, salió del estudio á presenciar el espectáculo, y, notando que rodeaban á Julián una multitud de ángeles en actitud de coronarle, sin atender á sus maestros se prosternó á los

pies del Santo, diciendo á voz en grito que deseaba ser partícipe de los tormentos de Julián, para acompañarle en la gloria que veía, y además clamaba asegurando que sus padres le habían engañado enseñándole á maldecir á Jesucristo. Cuando llegaron los dos delante del tirano, rasgó de sentimiento sus vestidos el padre de Celso, creyendo el acontecimiento obra del encanto de Julián. Tanto Marciano como su mujer y otras matronas se esforzaron por convencer á Celso; pero, ilustrado éste con la luz del Cielo, repuso á su padre en los términos siguientes: «La rosa no pierde su olor ni hermosura por nacer entre las espinas, ni éstas dejan de punzar y lastimar; haz el oficio de herir como espina, que yo daré, como rosa, un buen olor, sin temor de la vida temporal. Los que á ésta temen, podrán (pecando) obedecer los decretos imperiales (injustos); pero no yo, que pretendo lograr una vida eterna. ¡Oh Marciano! Tú, por la ciega pasión de los falsos dioses, podrás negarme por hijo, siendo cristiano; pero sé que no te hago injuria anteponiendo á tu amor el del Dios verdadero, pues por no ser cruel contra mí, no soy (falsamente) piadoso contigo». Indignado el tirano, dispuso que encerrasen en un oscuro calabozo á su hijo. Iluminada la prisión con luz del Cielo, los veinte soldados que le custodiaban se convirtieron á la fe de Cristo, siendo bautizados allí mismo por un sacerdote llamado Antonio. Enterado Marciano de lo que había ocurrido, dio parte de todo á los emperadores, los que mandaron atormentar á Julián y su comitiva en cubas encendidas. Para notificarles semejante providencia, mandó conducirlos á su Tribunal, formado en la plaza. Pasando por allí á la sazón los gentiles á enterrar á un difunto, y diciendo Marciano á Julián en tono de mofa que le resucitase, ejecutó este milagro el Santo al momento. Irritado Marciano al escuchar al resucitado maldecir á los dioses, dispuso prenderle para que expirase en el tormento. Incluyeron los verdugos, en treinta y tres cubas encendidas, á igual número de

Santos; de las cuales, merced á Jesucristo, salieron ilesos de la prueba, más puros que el oro del crisol. Sin embargo de tan asombroso milagro, no desistió Marciano; mandó trasladarlos á la prisión, encargando á su mujer marchase á persuadir á Celso.

A instancias de los Santos vióse iluminada con la luz de la fe la madre de Celso, y bautizada al momento por Antonio, sirviendo de padrino su propio hijo. Al instante mandó degollar Marciano á los veinte soldados convertidos, dejando sólo á Julián, á su mujer é hijo, á Antonio presbítero y Anastasio resucitado, para tratar con calma el negocio en que luchaban su enojo y su natural amor. Ideando Marciano que con dulzura podría tal vez alcanzar mejores resultados, se dirigió á Julián diciéndole en tono cariñoso que renunciase á su Dios y sacrificase á los protectores del imperio. Condescendió el Santo, con la condición de que asistieran todos los sacerdotes gentiles y demás ciudadanos para que fuesen testigos, lo que se llevó á cabo inmediatamente. Había en Antioquia un magnífico templó consagrado á Jove, Jano y Minerva, en el que ordenó se dispusiese lo necesario para la ceremonia. Llegados allí, y terminada la oración de Julián y su comitiva, arruinóse aquella grande fábrica y rodaron por el suelo, en menudos pedazos, todas las estatuas con universal admiración. Confundido el presidente, sentenció á degüello á Julián, á su hijo á las llamas, á Antonio y Anastasio á que les arrancaran los ojos con garfios, y á su mujer á los tormentos de un potro.

El Señor dispuso, para mayor gloria suya, quedasen ciegos los verdugos y secos sus brazos. Sobreexcitada la cólera de Marciano con tan repetidos milagros, ordenó que arrojasen á los mártires al anfiteatro público, para que fuesen pasto de las fieras, las cuales, amansadas, se postraron á los pies de los Santos con grande

mansedumbre, y dieron las pruebas de veneración que les negaban los hombres; visto lo cual por Marciano, y conociendo la ineficacia de su poder, los mandó degollar, alcanzando así los Santos la corona del martirio el día 9 de Enero del año 308.

Sucedió en esta ejecución el prodigio de convertirse la sangre de los mártires en una masa blanca como la nieve, repitiendo el Señor otro de no menor momento, para que pudiesen libremente sepultarles los cristianos, y fue el de un temblor de tierra formidable, que arruinó la mayor parte de la ciudad, con muerte de muchos paganos, que huían del pueblo intimidados á vista de semejantes castigos , los cuales, siendo insuficientes para el reconocimiento del bárbaro presidente, falleció éste á poco, comido de gusanos.